

DÍA 2. Oración de la tarde. Martes 28

El banquete del perdón y de la gracia



Parábola de la gran cena (Lc 14, 15-24)

Habiendo oído esto, uno de los comensales le dijo:

«¡Dichoso el que pueda comer en el Reino de Dios!»

Él le respondió: «Un hombre dio una gran cena y convidó a muchos; a la hora de la cena envió a su siervo a decir a los invitados: "Venid, que ya está todo preparado." Pero todos a una empezaron a excusarse.

El primero le dijo: "He comprado un campo y tengo que ir a verlo; te ruego me dispenses."

Y otro dijo: "He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlas; te ruego me dispenses."

Otro dijo: "Me he casado, y por eso no puedo ir."

«Regresó el siervo y se lo contó a su señor. Entonces, airado el dueño de la casa, dijo a su siervo: "Sal en seguida a las plazas y calles de la ciudad, y haz entrar aquí a los pobres y lisiados, y ciegos y cojos."

Dijo el siervo: "Señor, se ha hecho lo que mandaste, y todavía hay sitio."

Dijo el señor al siervo: "Sal a los caminos y cercas, y obliga a entrar hasta que se llene mi casa." Porque os digo que ninguno de aquellos invitados probará mi cena.»

ORACIÓN: Perdón sin condiciones

Tú nos regalas el perdón.

No nos pides negociarlo contigo
a base de castigos y contratos.

Tu pecado está perdonado.

No peques más. Ve y vive sin miedos.

Y no cargues el cadáver de ayer
sobre tus espaldas.

No nos pides sanear la deuda impagable
de habernos vuelto contra ti.

Nos ofreces una vida nueva sin tener que trabajar
abrumados por la angustia,
pagando los intereses de una cuenta infinita.

Nos perdonas de todo corazón.

No eres un Dios de tantos por ciento en el amor.

A éste setenta y cinco, y al otro sólo veintitrés.

Hagamos lo que hagamos, somos hijos al cien por cien.

Tu perdón es para todo el mundo.

No sólo te cargas a la espalda la oveja perdida,
sino también el lobo

manchado con la sangre del cordero.

Perdonas siempre. Setenta veces siete.

Sales al camino para acoger nuestro retorno,
sin volvernos el rostro, ni congelar la sonrisa,
ni racionarnos la palabra por nuestras repetidas escapadas.

Con el perdón nos das el gozo.

No quieres que rumiemos en un rincón de la casa,
nuestro pasado roto, como un animal herido,
sino que celebremos la fiesta de todos los hermanos,
vestidos de gala y de perfume, entrando en tu alegría.

Te pedimos en el Padre Nuestro:

Perdónanos como perdonamos.

Hoy te pedimos todavía más:

Enséñanos a perdonar a los otros y a nosotros mismos
como tú nos perdonas a nosotros.

ORACIÓN: "Es eterno su amor"

Dad gracias al Señor, porque es bueno:

porque es eterno su amor.

Dad gracias al Dios de los dioses:

porque es eterno su amor.

Dad gracias al Señor de los señores:

porque es eterno su amor.

Sólo él hizo grandes maravillas: porque...

El hizo sabiamente los cielos: porque...

El afianzó sobre las aguas la tierra: porque...

El hizo lumbreras gigantes: porque...

El sol que gobierna el día: porque...

La luna que gobierna la noche: porque...

Dios perdonó mi debilidad: porque...

Y me liberó de la oscuridad: porque...

Con mano poderosa, con brazo fuerte: porque...

Dios me ofrece su gracia: porque...

Dios creó en mí una nueva esperanza: porque...

Y me llamó a una nueva vida: porque...

En nuestra humillación se acordó de nosotros: porque...

Y nos libró de nuestros opresores: porque...

El da alimento a todo viviente: porque...

DAD GRACIAS AL DIOS DEL CIELO:

PORQUE ES ETERNO SU AMOR.

EL BANQUETE DEL PERDÓN Y DE LA GRACIA (LC. 14,14-25)

Un hombre daba una gran cena e invitó a muchos. En realidad nos invitó a todos. Y, cuando de su parte estaba todo listo, mandó a un criado: “corre, vete a donde los invitados y diles que ya pueden venir, que está todo preparado”. El regalo de la gracia, el banquete que tiene Dios preparado para nosotros es gratis. Ya lo decíamos e primer día: “Venid, acudid sedientos todos. También lo que tenéis dinero, vino y leche de balde”.

Pero la invitación de la gracia muchas veces se tropieza con nuestras excusas. Que lo que hacen es recordarnos que hemos perdido el hambre, que hemos olvidado la sed. Que una vez que hemos salido de nuestros apuros o que nos sentimos razonablemente bien, entonces nos sentimos fuertes y volvemos a “comer y beber” sólo de lo nuestro.

Nos impresiona cómo el corazón tantas veces le pone excusas al Señor para no acudir a sus llamadas, a sus invitaciones: “Es que he comprado un terreno y necesito ir a verlo, te ruego que me perdones”. Es que ahora estoy muy preocupado por mi trabajo, por su salud o por mi familia. “Es que he comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlos, te ruego que me excuses”. “Es que, mis intereses vitales en este momento, son otros; es que lo que ocupa mi tiempo son negocios míos”. “Me acabo de casar y por eso no puedo ir”. Es que lo que me tiene cogido el corazón en este momento es otra cosa”.

Hay veces en las que el no acudir a la fiesta del Señor no responde a “razones” tan aparatosas, es sencillamente el resultado de la inercia, lo que nos adsorben los afanes de la vida, el no querernos complicarnos, la pereza, el vivir sencillamente ocupados o entretenidos, el haber dejado enfriar nuestra relación con el Señor.

Entonces, el lugar que habíamos reservado para el Señor y sus cosas, comienza a ser ocupado por mí mismo y mis cosas. Somos así. Un día se lo entregamos todo al Señor y al día siguiente comienza la reconquista de todo lo que le dimos. Es el pecado de los satisfechos, de los que oscuramente sienten que a Dios lo tienen ya seguro y que él sabrá comprender nuestras circunstancias, que en realidad son nuestras excusas. Es el pecado de los razonables: “bueno, cada cosa tiene su tiempo y su espacio. No hay que obsesionarse. Ahora toca ver el campo o probar los bueyes”. Es el pecado de los desagradecidos: “No, mira, te agradezco muchísimo tu invitación pero, verás, es que no sabes lo mal que me viene justo ahora”.

“Cuando el criado regresó, le informó de todo al señor. Entonces el señor se indignó”. ¡Cómo no! O es que nos hemos pensado que Dios es alguien fofo, apático, totalmente manipulable, para el que todo es igual. ¿No nos pasa también en nuestras relaciones humanas que, hasta que el que nos quiere no se enfada con nosotros, no nos damos cuenta de que nos estábamos pasado siete pueblos, de que lo estábamos ignorado y pasado por encima de él como una apisonadora?

Pero la buena noticia de este texto, lo más importante para nosotros en este momento no es tanto lo que ni hicieron los invitados, sino la reacción del que daba el banquete. Dicen que los que escuchasen la segunda parte de esta parábola de Jesús, quedarían alucinados. A ningún señor de aquella época, por muy despechado que estuviera, se le ocurriría invitar a semejante banquete a desconocidos. Y muchísimo menos a gentes que no viven en casas solariegas, que no viven en ninguna casa. Que deambulan por las plazas, a la intemperie. Y mucho menos si se trata de “pobres, lisiados, ciegos y cojos”. Y, para colmo, manda a su criado más allá, a los caminos y a las veredas, y hace entrar a esta gente hasta que se llene su casa.

Así es la gracia. La sorpresa que experimentarían los pobres, los ciegos, los cojos y los caminantes al ser invitados inesperadamente a semejante banquete. La mayoría de ellos esperarían, como mucho, alguna moneda de limosna o algunas sobras que llevarse a la boca. Y resultó que ese mismo día se iban a ver sentados en lujosas sillas saboreando a satisfacción suculentos manjares.

La gracia para nosotros siempre es algo inesperado, algo inmerecido, “in-programado”. Y siempre llega a nosotros como abundancia y desproporción. Desproporción de cuidado, de perdón, de amor concreto, de futuro, de confianza, de horizonte, de luz. La gracia siempre es un despropósito de amor hacia nosotros. Una exageración, un banquete. Y en nosotros está acogerla alucinados o declinar educadamente, “razonablemente” su invitación.

Esta tarde Señor, aunque tú sabes que mi corazón es muchas veces como una veleta, mi última oración quiere ser el agradecimiento:

“Gracias por todo el mimo y todo el empeño con el que Tú has preparado esa gran cena también para mí. Gracias por haberme enviado criados tuyos, mensajeros de tu parte que me han dado noticia de esta invitación personal. Gracias por no ponerme condiciones previas para acudir. Por no cobrarme el cubierto. Gracias por todo el alimento exquisito y de balde que me das cada día, auténticos banquetes de tu generosidad. Gracias porque cuando Tú das una fiesta no invitas a los que pueden corresponderte, porque sabes que entonces yo no podría ir, porque jamás podré corresponder a tanto exceso por tu parte. Gracias cuando, con parábolas como éstas, me recuerdas lo estúpido de mis excusas. Gracias por las grietas que llegan a mi vida causando a veces destrozos, porque extrañamente muchas veces son ellas las que me colocan al lado de los pobres, cojos, ciegos y lisiados. Como uno más. Gracias cuando me derribas de la autosuficiencia que me rodea de excusas tontas. Gracias cuando me abres los ojos para enterarme. Gracias cuando me avergüenzo de conformarme con mis migajas habiendo sido invitado a tu mismísimo banquete. Gracias cuando sé con toda nitidez que nada ni nadie es más grande que Tú y por tanto nada ni nadie ha de estar antes o por delante de Ti. Gracias cuando me enseñas a que, desde el banquete, se viven de otra manera y mejor, con otro horizonte, los campos que compramos, las yuntas de bueyes de nuestros negocios o los amores que acompañan nuestra vida.

Gracias porque Tú vuelves a salir a los caminos hasta llenar la enormidad de tu sala de invitados y no vas a parar hasta que se llene del todo. Gracias por los otros comensales, tan insolventes como yo. Invitados a estar ahí, por pura gracia, como yo. Gracias por tu cena, por tu gran Cena a la que me invitaste el día de Pascua y a la que me sigues invitando, cada vez que ceno contigo la eucaristía. En ella, Tú mis eres el alimento y la bebida, el banquete entero. Gracias por el banquete que eres Tú para mi vida, del que nunca acabaré de saciarme porque eres inagotable.

Tú y tus dones para conmigo. Gracias porque, como aquél criado, Tú Padre, sigues enviando a Jesús para que salga a los caminos y nos empuje a todos nosotros a entrar en tu fiesta, en la fiesta del perdón y de la gracia. Gracias cuando tienes a bien mandarme también a mí, de tu parte, a los caminos. Gracias cuando me encuentro con el rechazo y las excusas de los otros. Gracias cuando me encuentro con la sorpresa y los ojos como platos de los que no se lo esperaban y acuden alucinados donde Ti.